

Hacia la reconciliación

EL documento dado a la publicidad por la Asamblea de Obispos, bajo el sugestivo título de "Los desafíos de la reconciliación nacional", nos muestra muy a las claras la preocupación del Episcopado nacional por traducir en actos concretos las palabras que el Sumo Pontífice pronunciara durante su visita a nuestro país en torno a ese tema.

Por otra parte, el documento, fruto de tres días de reflexiones, es el mejor testimonio de que, eludiendo el fácil camino de una retórica piadosa, el clero ha asumido un hecho patente en nuestros días: que los pastores no pueden eludir la realidad política.

Es que todo en la actualidad está empapado por la política. Y es por eso que los obispos han incursionado en el plano temporal, pues saben que el mensaje que a la Iglesia le toca predicar y vivir pasa por los problemas existenciales de sus fieles.

Pero como agentes de la reconciliación, como fieles ejecutores del mandato que les hiciera el Papa Juan Pablo II, han tenido que situarse por encima de la política y de la polarización. De ahí que planteen los valores de convivencia y concordia en una perspectiva que trata de conciliar la verdad de Dios con las incongruencias del mundo.

Porque como lo subrayara el Santo Padre en su alocución de Punta Arenas, esos valores no pueden alcanzarse si se excluye a Dios. Y

no puede ser de otra manera, ya que sólo en la plenitud del reino de Dios existe esa unidad que no hallamos en una humanidad dividida.

El documento, poniendo énfasis además en los problemas concretos de esta particular hora de nuestra historia, destaca la necesidad de que la justicia social se haga carne en todos los sectores, ya que, como a todos consta, sólo lograremos derrotar la pobreza mediante el esfuerzo de empresarios, trabajadores y Gobierno.

Lo importante es que este documento revela que la opción del Episcopado está resueltamente por la reconciliación y que atrás quedan algunas voces que, en su momento, privilegiaron la polarización. Y ello es particularmente importante en los momentos en que nuestra patria emprende, con resolución, el camino hacia la plena democracia.

Como comprobará quien se atenga a las lecciones de la historia, la democracia sólo se construye en un clima espiritual en que prevalezca el designio unitario. Si priman el odio y la violencia, difícilmente se conseguirá edificar una democracia capaz de resistir los embates de quienes sólo aspiran a destruirla. Se justifica, pues, la actitud positiva con que el país ha recibido el llamado episcopal y su ofrecimiento para facilitar el diálogo entre los diversos sectores del quehacer nacional.